

Frédéric Encel

# Estrategas y batallas: 46 hitos fundamentales



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *L'art de la guerre par l'exemple.  
Stratégès et batailles*  
Traducción de María Teresa García Hernández

Primera edición: 2002

Segunda edición, revisada y ampliada: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Foto: Winston Churchill y el mariscal de campo Montgomery preparan un plan de batalla en presencia del mariscal Brooke durante la Segunda Guerra Mundial

© AFP / Getty Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



- © Flammarion, 2000, de la edición original
- © Flammarion, 2002, 2015 para esta edición en la colección «Camps»
- © de la traducción: María Teresa García Hernández, 2002
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2002, 2021  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-441-9

Depósito legal: M. 16.689-2021

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

13 Introducción

## Los hombres

27 Sun Tzu

38 Jenofonte

44 Alejandro Magno

49 Aníbal

56 Julio César

62 Gengis Khan

70 Bertrand du Guesclin

75 Tamerlán

80 Sébastien Le Prestre de Vauban

86 Federico el Grande

93 Napoleón Bonaparte

106 Arthur Wellesley, duque de Wellington

112 Simón Bolívar

117 Carl von Clausewitz

126 Ferdinand Foch

132 Thomas Edward Lawrence («Lawrence de Arabia»)

140 Mao Tse-tung (Mao Zedong)

146 Charles de Gaulle

153 Adolf Hitler

159 Moshé Dayán

## Las batallas

- 169 Maratón
- 173 Gaugamela
- 179 Alesia
- 184 Masada
- 191 Los Campos Catalaúnicos
- 196 Roncesvalles
- 200 Azincourt
- 206 Caída de Constantinopla
- 213 Marignano y Pavía
- 218 Lepanto
- 223 Trafalgar
- 228 Austerlitz
- 236 Jena y Auerstädt
- 242 Waterloo
- 250 Gettysburg
- 255 Sadowa
- 260 Sedán
- 267 Los Dardanelos
- 275 Verdún
- 282 Batalla de Inglaterra
- 290 Midway
- 294 El-Alamein
- 301 Stalingrado
- 307 Iwo Jima y Okinawa
- 313 Guerra de los Seis Días
- 321 Guerra del Yom Kippur
- 328 La lucha contra el terrorismo islamista
  
- 337 Índice onomástico

*A mis hijos.  
Que no conozcan de la guerra  
más que la tinta y el papel  
de los libros de historia.*



*La muerte no es nada,  
pero vivir vencido y sin gloria  
es morir todos los días.*

Napoleón Bonaparte

*No olvidéis jamás que vuestro  
propósito, al hacer la guerra,  
debe ser el de llevar la paz al Estado  
y no el de sumirlo en la desolación.*

Sun Tzu





# Introducción

Esta obra es producto de una ambición muy modesta: proponer un resumen del pensamiento estratégico y de su aplicación en los campos de batalla desde los primeros enfrentamientos importantes conocidos en la Antigüedad hasta los de nuestra era, a través del relato de cuarenta y seis acontecimientos militares y sus estrategias. Mi intención es que resulte claro y conciso pero detallado. El objetivo último de esta obra es que pueda ser utilizada como una herramienta de consulta, y a ello responden el orden a la vez temático y cronológico de las entradas, las llamadas, un exhaustivo índice onomástico, una serie de citas representativas de un pensamiento o de una realidad, los mapas y croquis, y la bibliografía de referencia para cada voz.

En cualquier caso, la aspiración de este trabajo jamás ha sido ceñirse a algo tan impensable cuando se habla de estrategia militar como la exhaustividad. Y de hecho,

cuando grandes analistas contemporáneos en materia militar y estratégica, historiadores de altos vuelos como John Keegan o analistas intuitivos y curtidos en los campos de lucha como Gérard Chaliand consiguen acercarse a la exhaustividad y emitir juicios de amplio calado, se ven obligados a afrontar el sempiterno problema de definir la estrategia, con sus múltiples acepciones, con sus complejos vínculos con la política por un lado y con la táctica por el otro. Porque ¿qué es la estrategia? Incluso considerando este concepto solamente en su acepción militar (y no política o económica), cualquier respuesta resulta insuficiente, sesgada o incompleta. La estrategia, que tal vez sea un arte, pero que desde luego no es una ciencia, según Clausewitz\*, ni tampoco –o al menos, no sólo– una disciplina, hasta hoy no conoce una definición precisa y aceptada de forma unánime. O, mejor dicho, existen varias en función de los criterios que se quiera sostener. Esto es, por otra parte, lo que mantenía el propio Hervé Coutau-Bégarie, sin duda alguna el mejor analista e historiador de la estrategia durante estos últimos años, en su imprescindible y completísimo *Traité de stratégie*. Y es que para delimitar y captar en esencia lo que significa la estrategia, seguramente habría que haber sido a la vez historiador y soldado, capitán y jefe de Estado Mayor, y haber vivido diferentes épocas militares y numerosos combates bajo distintas banderas.

En cualquier caso, y una vez establecida objetivamente –como hizo con notable acierto y con un rigor y una clarividencia hasta ahora no superados el gran Clausewitz–, la estrategia siempre estará sujeta a interpretaciones sub-

jetivas, es decir, siempre podrá ser objeto de argumentaciones de tipo geopolítico. Así, sin llegar a plantearme la cuestión sobre los «tiempos largos» tan apreciados por Fernand Braudel, las características que hoy se consideran estratégicas en Occidente ¿son las mismas que imperan en el mundo árabe, en Rusia o en China? Y en cuanto a la racionalidad de la estrategia, o más exactamente a la necesidad para los auténticos teóricos de la estrategia –de Sun Tzu\* a Clausewit, y de Frontino a Federico el Grande\*– de desprenderse de toda envoltura ideológica y/o religiosa, ¿seguirá vigente en este siglo XXI? ¿Acaso no estamos asistiendo a un flujo de ideas y de iniciativas estratégicas de envergadura, inspiradas en consideraciones más místicas y religiosas que políticas y «rationales», por parte de una serie de corrientes islámicas, ortodoxas e incluso hinduistas? La locura ideológica criminal de un Hitler\*, que a partir de 1942 exigía dar prioridad a los convoyes de deportados judíos hacia Auschwitz en detrimento de los que transportaban soldados alemanes al frente –urgentísimos desde el punto de vista militar–, supuso un giro en la historia de la estrategia, y no desde una perspectiva moral (la estrategia no tiene por qué serlo), sino porque a partir de ese momento las consideraciones ideológicas empezaron a primar claramente sobre las necesidades racionales y evidentes de la guerra.

Finalmente, la reducción drástica del tiempo y del espacio en materia de comunicación y de transporte gracias a los fulgurantes progresos tecnológicos realizados a lo largo del siglo XX plantea sin duda una nueva percepción y una nueva definición de la estrategia. En plena era atómica, cuando algunas potencias tienen la capacidad

de aniquilar en un instante todo rastro de vida en millones de kilómetros cuadrados de territorio enemigo, ¿es lógico siquiera hablar de estrategia? Un jefe de Estado sentado ante el «botón rojo», rodeado de un Estado Mayor sin soldados y que se desenvuelve en un lugar subterráneo secreto alejado del campo de batalla (no se trata de un caso virtual), ¿dispone verdaderamente de un amplio abanico de decisiones y alternativas reales? Para la mayoría de los teóricos y analistas contemporáneos en materia nuclear, la respuesta es claramente afirmativa. Mi opinión, sin embargo, es que está sometida a debate y a posibles interpretaciones.

Llegados a semejantes extremos de capacidad destructiva, de concentración de los poderes de decisión y de reducción de los contextos tradicionales (geográficos) y aleatorios de la guerra (las «fricciones» de Clausewitz), ¿se puede aún hablar de estrategia?

En esta obra no se ofrecen respuestas a preguntas tan apasionantes y tan abiertas. En realidad, el modesto objetivo de este análisis de cuarenta y seis estrategias y batallas en distintos momentos de la historia y en diferentes escenarios geográficos es el de arrojar luz para comprender y aprehender una serie de fenómenos: constantes históricas o transformaciones brutales en la manera de combatir, variantes en los planteamientos de determinados estrategias o tácticos, predominio de un arma respecto a otras (por ejemplo, de la infantería o de la caballería) y el eterno protagonismo de la geografía en la medida en que «sirve en primer lugar para hacer la guerra», según la famosa frase acuñada por el teórico de la geopolítica moderna Yves Lacoste.

Entre las constantes de las culturas y las civilizaciones, he otorgado un espacio a la rivalidad medieval entre Francia e Inglaterra con el análisis de la batalla de Azincourt\*. Resulta realmente sorprendente constatar cómo a lo largo de la Guerra de los Cien Años, en los siglos XIV y XV, la forma de plantear la guerra a ambos lados del Canal de la Mancha habla bien a las claras de las diferencias entre los dos países: mientras que generalmente los militares ingleses hacían gala de pragmatismo y no renunciaban ni a los métodos de guerra de desgaste ni a la utilización táctica de los proyectiles –arcos excelentes para hacer frente a las bombardas, precursoras de los cañones–, los militares franceses se ceñían (y lo seguirían haciendo mucho tiempo después de la Guerra de los Cien Años) estrictamente a las reglas del honor y del heroísmo caballerescos, imponiendo el «choque» e ignorando el «fuego», tratando de rivalizar en gloria allí donde las realidades tácticas y estratégicas propias del adversario o del terreno les auguraban un desastre seguro. Sólo Du Guesclin\* y Luis XI escaparán a este dogma, con el consiguiente beneficio para Francia. En cierta medida, la célebre *furia francese*, ese legendario ardor en la lucha cuerpo a cuerpo reconocido a los combatientes franceses (¡y admitido de buen grado *pro domo!*), se recuperará –y será el causante de numerosas bajas– en 1870 y en 1914. Ahora bien, la preferencia sistemática por el «choque» en detrimento del «fuego» de la que hicieron gala numerosos generales franceses les incapacitó para desarrollar auténticas estrategias que hubieran resultado necesarias para liberarse de una doctrina tan anquilosada.

Otra gran constante que se revela a lo largo de la obra se refiere a la utilización preferente de un arma por parte

de algunos pueblos. Así, por ejemplo, los pueblos nómadas –los hunos de Atila, los mamelucos de Baiybars, los mongoles de Gengis Khan\*, los beduinos con Lawrence de Arabia\*– eligieron generalmente la caballería por razones evidentes de movilidad, y este fenómeno cultural y sociológico implica unas estrategias particulares a las que debieron adaptarse los adversarios, acostumbrados a la infantería. En Carres, la infantería romana se vio abocada al desastre por no haber logrado contener de forma eficaz a los temibles caballeros partos. Sin embargo, algunos estrategas procedentes de sociedades sedentarias también supieron utilizar con éxito la caballería: por supuesto Alejandro Magno\*, que ideó sutiles combinaciones tácticas en las que la caballería desempeñó un papel de considerable importancia; pero sobre todo Napoleón I\*, que puso al servicio de su estrategia revolucionaria (potencia de choque, movilidad, concentración de fuerzas, capacidad de aniquilamiento...) una caballería absolutamente temible que resultó determinante en el éxito de casi todas sus campañas.

Por otra parte, lo cual resulta tranquilizador, nos encontramos con la persistencia de ciertas maniobras tácticas y planteamientos estratégicos a lo largo de los siglos. Tácticamente, fue Napoleón quien, en Waterloo\*, dio orden a la infantería de atacar a Wellington\*, parapetado en el monte Saint-Jean, en la formación de batalla llamada «a la macedónica», inspirada directamente en la maniobra favorita del rey de la antigua Tebas, Epaminondas. Desde el punto de vista estratégico, fue el gran Sun Tzu quien, en el siglo VI o V a. C., distinguió claramente la táctica defensiva de la ofensiva, y sobre todo, veinti-

trés siglos antes que Clausewitz, consideró la guerra un instrumento de la política.

En cuanto al entorno, esa sempiterna geografía «activa» en tiempos de guerra y parcialmente –sólo parcialmente– abolida por los misiles, jamás es desdeñada por un buen táctico, y siempre ha sido aprovechada por los mejores de ellos. La geografía es la ciudadela natural de Masada\*, la meseta de Pratzen en Austerlitz\*, los treinta grados bajo cero de la retirada de Rusia, el presuntamente infranqueable bosque de las Ardenas, el cegador amanecer sobre el Sinaí en el comienzo de la Guerra de los Seis Días\*. La geografía, baza para la victoria o factor decisivo en la derrota, y con frecuencia madre de lo aleatorio, nunca puede ser desdeñada ni por el encargado de dirigir tropas sobre el terreno ni tampoco por el estratega, salvo a riesgo de sufrir una catástrofe.

En otro orden de cosas, me ha parecido interesante describir un cierto número de batallas no tanto por las innovaciones tácticas y estratégicas que supusieron o por su carácter decisivo como por su dimensión mítica y/o simbólica. La batalla de Maratón\* tuvo lugar, por supuesto, pero su importancia radica más en su utilización como eficaz instrumento psicológico en manos de Atenas para sus guerras futuras que en sus innovaciones tácticas o técnicas o en sus consecuencias militares.

Por otra parte, mi intención al dedicar una entrada a Alesia\* ha sido analizar el magnífico ejemplo que ofrece César\* de instrumentalización del valor del adversario, naturalmente persiguiendo fines políticos. El estratega romano, en su inteligente (y valiosa) *Guerra de las Galias*, exageró excesivamente el número, el valor y el ardor

de sus adversarios galos con el fin de convencer al Senado para que apoyara y reforzara –en detrimento del popular Pompeyo– su propia valía.

Por lo que respecta a Roncesvalles\*, que para generaciones enteras de escolares franceses fue el escenario de una lucha desigual y encarnizada entre el piadoso Rolmán, supuesto sobrino de Carlomagno, y un sinnúmero de «sarracenos» que afluían en tropel por las paredes del desfiladero, se trata de una leyenda de delimitaciones históricas imprecisas. Es muy posible que sí se desarrollase una batalla en Roncesvalles (o en un desfiladero pirenaico vecino), pero seguramente en términos bien distintos de los establecidos por la *Chanson de Roland*.

Más tangibles y cercanas a nosotros, expongo en este trabajo intervenciones militares que ni son legendarias ni han sido exageradas por los cronistas contemporáneos o por los historiadores, pero cuya trascendencia psicológica ha sobrepasado ampliamente la militar. Ejemplo de ello es Lepanto\*, la gran batalla naval que enfrentó a la flota cristiana contra la otomana. Pese a ser considerada una clamorosa victoria cristiana, apenas supuso un giro militar o estratégico de importancia, y su valor fue solamente psicológico. De hecho, los otomanos se resarcieron rápidamente de su derrota, e incluso continuaron ganando terreno en el continente europeo.

En el caso del cuarto conflicto árabe-israelí de 1973, y debido a la intensa carga psicológica de la contienda, asistimos a una transformación de las realidades militares. La llamada Guerra del Yom Kippur\* evoca en las memorias –y *sobre todo* en el caso de Israel– una lucha encarnizada con resultados poco concretos y más bien



modestos. Ahora bien, desde el punto de vista estrictamente militar, la guerra fue un gran éxito para el *Tsahal* (el ejército israelí), a pesar de los graves errores estratégicos de Moshé Dayán\* que condujeron a la indecisión de los primeros días. Sin embargo, el derrumbamiento del mito (muy reciente) de la invencibilidad israelí y el sentimiento del orgullo recuperado por parte árabe tras la humillación de 1967 explican que sean estos últimos quienes conmemoren el aniversario del conflicto desfilando orgullosos, y que los israelíes, claramente vencedores, recuerden con pesar esa fecha.

En definitiva, para la selección de las entradas relativas a las batallas he seguido tres criterios concretos y relativamente diferentes: su carácter decisivo respecto a un conflicto o a una época, su dimensión innovadora (empleo de tácticas o de técnicas nuevas, un resultado sin precedentes...) y, por último, un marcado valor simbólico o mítico que permitió su instrumentalización con fines políticos.

La elección de los protagonistas –teóricos, estrategas, comandantes en jefe– ha resultado más delicada. No es que algunos de los que aquí he recogido no «merezcan» al menos uno de estos calificativos (varios, como Bonaparte, pueden incluso ostentar los tres títulos), pero ¿por qué elegir a unos y no a otros?

La cuestión no atañe desde luego a los llamados «grandes»: en una obra que analiza siglos de estrategia era natural que Sun Tzu, Federico II, Napoleón e incluso Clausewitz tuviesen un sitio. Con respecto a otros nombres, he elegido, en líneas generales, a aquellos que se distinguieron por determinadas iniciativas o fueron autores de escritos

especialmente originales y/o innovadores. Siguiendo semejante lógica, podría extrañarnos por ejemplo la ausencia de Maquiavelo. Nos guste o no, Maquiavelo fue un pensador político y no un ideólogo de la estrategia, y en cuanto a los textos que escribió sobre esta materia, se limitan a retomar (aunque eso sí, con gran inteligencia) un número considerable de conceptos establecidos ya en la Antigüedad, fundamentalmente por Frontino y Tucídides.

Es natural que, tanto para las batallas como para los personajes, haya elegido calificativos dejándome guiar por las tendencias imperantes. ¿Napoleón Bonaparte demostró más su genio como estratega, como táctico o como comandante sobre el terreno? ¿A Lawrence de Arabia se le reconoce su talento como... estratega? En cualquier caso, hemos optado por uno de los calificativos, aunque en algunos casos el debate permanece abierto y promete ser interesante.

De todas formas, ni el dogmatismo ni el moralismo han influido en esta selección. Prueba de ello es que inicialmente había incluido a Philippe Pétain, de lejos el mejor estratega de la Gran Guerra en el frente occidental. Ahora bien, el hecho de que durante las décadas de 1920 y 1930 fuera perdiendo sus cualidades como innovador y pasase a encarnar el dogma calamitoso de la defensa estática a ultranza –tan criticado por De Gaulle\*, con una gran visión de futuro en ese aspecto–, lo que conducirá directamente al desastre de mayo-junio de 1940, explican que finalmente no figure en esta obra, y no porque fuera un traidor a la patria.

Por último, por lo que respecta a la orientación ideológica de este trabajo, la claridad se impone: creo en con-

ciencia que los combates entre soldaditos de plomo son preferibles –ya que no causan ni sufrimiento ni desolación– a los combates reales. No obstante, ¿son todas las guerras necesariamente injustas? Sun Tzu diferencia con todo rigor aquellas que, impuestas por el exterior y no nacidas del orgullo, del egoísmo, de la susceptibilidad o del deseo de venganza, resultan absolutamente inevitables para la defensa de los bienes públicos. Por lo demás, y siguiendo la tendencia del «maestro» chino, casi todos los estrategas más reputados hacen gala de una gran moderación, que nace de su profunda convicción del sufrimiento que provoca cualquier guerra. Para los principales teóricos, un buen general o un buen estratega puede ser incluso aquel que logra el éxito sin combatir, o combatiendo lo menos posible. A fin de cuentas, como reconoce sin ninguna ambigüedad el a pesar de todo valiente soldado y excepcional estratega Clausewitz: «En un principio, la estrategia es sólo un medio encaminado a la victoria –al éxito táctico–; en último término, su fin es establecer los objetivos que deben conducir directamente a la paz». Es difícil mostrarse menos belicoso.

Por otra parte podemos preguntarnos si la guerra no es en realidad un fenómeno natural, recurrente, inherente a la especie humana y, por tanto, ineludible tarde o temprano. También en este caso he optado por mantenerme (de momento) alejado de un debate que, si bien me parece fundamental desde el punto de vista ciudadano, no tiene cabida dentro del marco concreto de este trabajo. ¿Observar una realidad implica preconizarla? Ciertamente no, y más si dejamos sentado que el objeto de esta obra no es la guerra en sí sino el «arte» de dirigirla.

Y como cada uno es libre, según su conciencia, de esperar o no que la estrategia militar acabe siendo definida de una vez por todas como un arte estereotipado, sería deseable que en un futuro más o menos lejano fuera incluido entre la honorable categoría de las artes primitivas.

F. E.

# Los hombres

